

DETRÁS DE TODO GRAN HOMBRE...

Esta podría ser la historia de la chica que incendió Roma, de la lágrima de Nerón.

Podría ser la historia de la chica que cuando callaba estaba como ausente, de los versos de Neruda. Podría hablar de aquella Elisa a la que le compuso Beethoven. Y sin embargo, ya ves. No es la historia de ninguna de ellas.

No, no lo es. Es una historia de una chica que podría ser cualquiera. Cualquiera y sin embargo solo era Ella. Solo era ella porque nunca había sido nada más. Y ya ves, incluso alguien que no es más que cualquiera puede darnos una historia.

Porque la historia, que es una red y no una rueda, nos ha enseñado que el mundo está lleno de gente pequeña que hace cosas pequeñas. Y que, sin lugar a dudas, las historias pequeñas son las que componen la historia, al margen de unas cuantas grandes historias.

Y allí estaba Ella, mirando a los ojos al que había sido su maestro. Más que su maestro, había sido su guía, su mentor, más tarde su compañero. Había sido su amigo. Pero ya no quedaba nada de él en aquellos ojos. Solo un verde opaco, como una botella de vino que había pasado demasiado tiempo olvidada en la bodega, ya no podía perderse en las islas verdes de aquellos ojos que tanto le habían hablado antaño.

Solo podía estar allí parada, sentada a su lado, aún con el vaso de agua en la mano, mirándolo. No podía apartar la mirada. No podía pedir ayuda. No podía gritar, llorar a su amigo, rogarle que despertara. No podía hacer nada. Solo estar allí, tan inmóvil como él. Intentando recordar como respirar.

Vista desde fuera podría parecer la imagen de alguien que siente un dolor tan desgarrador que la bloquea. A alguien más observador le podría parecer la imagen de una chica que ha descubierto a su enamorado muerto y no es capaz de asimilarlo aún.

Pero si te fijabas un poco más, si observabas con más detenimiento te dabas cuenta de que no, que no había dolor en aquella expresión, ni siquiera tristeza.

Alguien que conociera a aquella chica de treinta y tantos años, con el tono de piel pálido de quién pasa demasiadas horas bajo la luz artificial de un laboratorio. Alguien que viera las úlceras con distintos grados de cicatrización en sus manos, que se fijara en los montones de papeles que había esparcidos a su alrededor. Solo alguien que se diera cuenta en la marca de un anillo que ya no estaba, pero que había estado, en su dedo anular... Solo alguien que viera de verdad la escena podría darse cuenta de que aquella chica no lloraba la muerte de un amor, ni la de un amigo. No, ni siquiera lloraba la muerte de un compañero, de un mentor.

Ella lloraba la muerte de muchos años de trabajo. Lloraba la desaparición de una fuente inagotable de conocimiento y, si era agotable, ella no le había encontrado aún el fin. No había ni siquiera vislumbrado una grieta en su incansable afán de trabajo, de llegar más lejos cada día. Y aunque lloraba todo eso, no estaba llorando.

Y lo peor de todo es que estaban tan cerca. Tan cerca. Y él se había marchado tan pronto, cuando casi lo rozaba con las yemas de los dedos. Aquellos dedos de uñas descuidadas, llenos de rozaduras y ennegrecidos de tinta. Aquellos dedos de doctor. Aquellos dedos que se frotaban la cara una y otra vez cuando no conseguía llevar a la boca la idea que tenía bailando en la mente. Aquellos dedos que más de una vez se cortaron con un bisturí. Aquellos dedos que la tocaron a ella, que la acariciaron con ternura. Aquellos dedos con pasión. Con tanta pasión por la ciencia como por ella.

Tenía que levantarse. Ella llevaba al menos quince minutos arrodillada al lado de aquel cadáver que hacia unas horas había sido su amigo el Dr. Rolles. Sí, su amigo. Pues aunque aquel extraño hombre, erudito de la neurociencia, era una persona muy peculiar,

con tantas manías y excentricidades que más de una vez sus colegas de laboratorio le habían mandado, y no de muy buenas maneras, al psiquiatra, era su amigo. Fue más.

Bajo aquella mata de pelo descuidado y grasiento, lleno de trasquilones por su negativa a ponerse en manos de un peluquero, como si no se fiase de que alguien trastease tan cerca de su bien máspreciado: su cerebro, todos sabían que había una mente brillante. Inteligencias como aquella solo aparecía una vez al siglo, dos si se tenía suerte. Y ellos habían tenido suerte. Habían sido afortunados de que él hubiese decidido quedarse en Murcia. De entre todos los sitios a los que podría haberse marchado decidió permanecer en esa pequeña universidad del sur de España, asombrando a todos con su conocimiento sobre lo más desconocido del cuerpo humano. Haciendo a sus compañeros trabajar al lado de un genio, con las dificultades que eso conlleva.

Él siempre dijo que se quedó en Murcia por el clima, pero ¿Quién podría creerlo? Del clima no se disfruta cuando pasas 15 horas al día dentro de un laboratorio. Rodeado de cerebros de cerdo, de cerebros de mono. Rodeado de cerebros humanos. Todos sabían que lo que había hecho que permaneciese en Murcia no había sido el clima, ni los pocos amigos que había hecho durante sus años de universidad, ni siquiera Marga, la chica con la que se había casado justo al acabar la carrera de Medicina.

No todo el mundo sabía que lo que había hecho quedarse a Francisco Rolles en la Universidad de Murcia era Ella. Aquella chica de ojos verdes que se paseaba con él desde el primer día de universidad, que lo defendía de las críticas y que siempre estuvo a su lado, desde que consiguió el primer premio en el concurso científico organizado por un Banco local. Y allí estaba, a su lado de nuevo.

Ella sacó fuerzas de lo más oscuro de su alma y se levantó. Se acercó a su amigo e hizo lo que había jurado hacer cuando terminó la carrera, allí, en aquella misma universidad,

cuando pronunció el juramento hipocrático. Y, aunque sabía que el doctor estaba muerto, a juzgar por las livideces de su cuerpo debía llevar allí unas 10 horas, quizás desde poco después de que ella se marchara la noche anterior, a pesar de todo, le tomó el pulso, solo para comprobar que no tenía. Acercó su oreja a su nariz solo para no sentir aire saliendo de ella. Posó su mano sobre su frente, solo para sentir el calor que no tenía.

No había calor, claro que no. De hecho estaba helado. Un frío desgarrador que le entumeció los dedos y le atravesó el brazo como una descarga eléctrica. Una descarga eléctrica que llegó a sus ojos para hacerla derramar al fin una lágrima. Solo una. Pero que eran todas. Una gota puede encerrar todos los secretos del mar y una lágrima puede soportar todo el dolor de la muerte.

La muerte de aquel hombre que intentó aportar un poco de luz a aquel terreno tan oscuro que era el cerebro humano. Aquella pasión por la ciencia que había acabado con su matrimonio. Con el de él y con el de Ella.

Ella se alejó del cadáver. Despacio, intentando no hacer ruido al posar sus pies en el suelo como si pudiera despertarlo, como si aquel no fuera un sueño tan profundo que solo un Dios, si es que existía, pudiera arrancarlo de las fauces de Morfeo. Dando pasos hacia atrás, sin apartar la vista de aquellos ojos sin vida que miraban sin mirar al techo del laboratorio, salió de allí.

Tomó las escaleras de su derecha. Cada escalón que bajaba le dolía en el alma, era una puñalada que le desgarraba las entrañas. Aparecieron nuevas lágrimas. Pero estas no por el profesor. Estas eran lágrimas por el tiempo. Por el tiempo que había pasado a su lado. Por el tiempo que ya no podrían pasar. Por el tiempo que no le había dado. Por el tiempo que no le había alcanzado para contarle que al final sí, había dejado a su marido.

Por el tiempo que no había podido amarle como se merecía, como merecía una mente maravillosa. Por el tiempo que habían fingido ser solo amigos, solo amantes de la ciencia, amantes de cerebros ajenos. Por el tiempo que no había sido suficiente para decirle que si bien el cerebro humano era su pasión, el único cerebro que de verdad amaba era el suyo. El suyo.

Bajo los cien escalones hasta llegar al hall y recorrió la distancia que la separaba de la conserjería en contra de su voluntad. Como si una mano invisible la arrastrara. No quería llegar dónde estaban las tres conserjes, disfrutando de su café de media mañana. No quería llegar porque sabía que en el momento en que lo contase la muerte del Dr. Rolles sería una realidad. Una realidad mayor de la que era en ese momento. Una realidad que la despedazaría por completo. A ella y a una parte de la universidad. Perder a alguien que había estado tantas veces tan cerca de ganar un Premio Nobel. Y justo ahora. Justo cuando su descubrimiento sobre la renovación neuronal estaba a punto de ser publicado. Su descubrimiento. El de los dos. El que los había tenido trabajando codo con codo durante tres años, compartiendo noches en vela cenando del tele-chino entre disección y disección. Aquella investigación que había apagado su matrimonio. Aquella investigación que había encendido su vida.

Llegó al fin a la ventana de la conserjería, intentó decir algo para llamar la atención de las tres mujeres que se encontraban al fondo de la charla, entretenidas en una conversación que las hacía reírse a carcajadas. Carcajadas. Se sentía tan lejos de todo aquello. Abrió la boca para decir algo pero no se le ocurrió qué, así que la volvió a cerrar. Respiró. Una respiración profunda que se convirtió en un suspiro y volvió a intentarlo.

-Chicas...

Su voz le sonó extraña. Desprovista de emoción, como si no le perteneciera. Las tres mujeres se giraron a la vez, como si llevaran tiempo preparándolo, como si estuvieran esperando su llamada para girarse y acudir corriendo al ver la expresión de su cara.

No pudo decir nada más. Lo intentó. Pero no pudo articular ni una palabra. Solo un grito desgarrador, un grito que llevaba encerrado en su pecho demasiado tiempo, un grito que no había podido expulsar antes. Quizás es cierto eso que dicen, solo pedimos ayuda cuando alguien nos puede oír. Y su grito solo pudo ser de auxilio. De auxilio porque necesitaba que alguien le arrancase ese dolor del pecho. Ese dolor que no se merecía.

Se arrepentía de tantas cosas en ese momento. De las cosas no dichas. De las cosas no hechas. Se arrepentía de haberse marchado la noche anterior cuando él le dijo que por fin había encontrado el lugar exacto del encéfalo donde se regeneraban las neuronas. Aquel nido de células madre que ambos sabían que existía pero que no habían podido encontrar aún. Aquella teoría que habían llevado por todos los congresos del país, por todos los congresos de Europa y que los había hecho parecer en ocasiones poco menos que paletos provincianos. Pero nunca desistieron. Pues si bien él era la mente brillante, Ella era todo lo demás. Sus pies en la tierra, su cabo a tierra firme. Él pensaba y ella ponía en práctica. Él decía un posible sitio donde podría encontrarse el nido madre y ella diseccionaba el cerebro que él con su pulso nada firme destrozaría. Él la miraba y ella sonreía.

Siempre fueron un tándem perfecto. Él se llevaba los premios, pero ambos sabían que pertenecían a los dos. Él era el doctor deslumbrante pero Ella, ella era su sombra. Una sombra tan larga que a cualquier otro podría haberle asustado. Y cualquier otra podría haber salido airada, maldiciendo a las primeras de cambio. Sin embargo ella estuvo bien así, nunca le gustaron los focos. Jamás se sintió menospreciada, siempre recibió las

palabras de agradecimiento, su nombre al final de una publicación, su ‘esto es de los dos’. No se arrepentía de haber sido “la gran mujer que hay detrás de todo gran hombre”. No se arrepentía.

De lo único que se arrepentía era de haberse marchado a casa la noche anterior, dispuesta a dejar a su marido para poder disfrutar con el gran amor de su vida del gran descubrimiento de su vida. Su marido siempre lo supo. Igual que Marga. Siempre supieron que entre ellos había algo más que una amistad, que a algo así no podía llamársele amistad. Siempre lo supieron. Todos lo supieron. Todos salvo ellos que tardaron veinte años en comprender que las caricias que se daban calaban tanto que podrían intentarlo, que el futuro de la ciencia no correría peligro si ellos intentaban ser amantes, que no había forma de que aquello saliese mal.

Y sí, eso fue lo único de lo que Ella se arrepintió cuando vio por última vez la cara del gran compañero de su vida, antes de que los servicios de emergencia lo metieran en una bolsa, en una de esas bolsas que no tienen nada de especial. Que albergan por igual el cuerpo de alguien que nunca leyó un libro que el de aquel que vivió por y para la ciencia durante toda su vida. Se arrepintió de no haberse dejado amar por aquel hombre.

Esta podría haber sido la historia de la chica que incendió Roma, de la lágrima de Nerón. Y sin embargo no. No ha sido esa historia.

HERMIONE